

de escribir la historia, típica de la mentalidad veneciana dominante entre los siglos XVI y XVIII.

El método elegido es el biográfico, pero la finalidad no es la meramente narrativa y/o interpretativa de una vida individual, sino, como demuestra la autora, la apologética y ejemplarizadora que corresponde a la exaltación de las vidas paradigmáticas. Estamos, pues, en el más crudo espacio de la historia como «maestra de la vida», aunque no sea precisamente una investigadora de la vida.

Varias tensiones se mueven en el tiempo de los biógrafos para condicionar su exaltación de Contarini: la Contrarreforma y la adscripción de la república veneciana a la causa papal; la necesidad de Venecia de acrisolar su propia filosofía de exaltación nacionalista («la milenaria estabilidad de Venecia, su tranquilidad interna, su opulencia, sus vastos dominios sobre las islas y la tierra firme; la conservación de su independencia aun a pesar de las calamidades que habían subyugado a los otros Estados italianos; la sabiduría de sus leyes y sus instituciones; el admirable sistema colectivo que impedía a su clase dirigente transformarse en oligarquía restricta; la posibilidad de cualquier ciudadano de llegar a los más altos puestos del Estado, que eran otorgados teniendo en cuenta sólo la calidad de los candidatos; la sobriedad de costumbres de la clase dominante; todos los lugares comunes de la *mitología* encontraron espacio en el más amplio discurso celebrativo de Contarini», explica la autora en pág. 83); la apología del pariente ilustre pedida y pagada por la familia; la eclosión de una historiografía de modelo clásico basada en el panegírico del héroe convenientemente idealizado.

No obstante este fondo común, los resultados no pueden superponerse, salvo en cuanto unos biógrafos copian a otros y se limitan a ejercer el viejo arte de la interpolación. Della Casa, iniciador de la expresión *razón de Estado*, luego tan afortunada (ver el estudio de Rodolfo de Mattei en esta misma revista, núms. 107/8, año 1958), retrata al magistrado-filósofo de la única república italiana no sometida al extranjero, ideal de la clase dominante veneciana, equilibrado, medido y razonable, en tanto que Beccadelli se detiene en la imagen contrarreformista, luminosa, contra un fondo de insidias lúgubres y demoníacas.

Fraguito hace un minucioso examen comparado de los textos para establecer en qué medida repiten informaciones y divergen criterios, a la vez que distingue la figura heroizada de Contarini de su verdadera acción como diplomático de la Serenísima cerca de los mayores Césares del moderno Estado absolutista (Carlos V, Francisco I).

El resultado obtenido excede largamente los estrechos márgenes de la monografía y la densidad de la búsqueda erudita. Es un estudio que

contribuye a esclarecer un momento clave de la historiografía moderna en Europa, el hiato que une o permite unir a Maquiavelo con Voltaire.—B. M.

SIGMUND FREUD-EDOARDO WEISS: *Problemas de la práctica psicoanalítica*. Traducción de Jacques Bodmer, nota preliminar de Martin Grotjahn, Gedisa, Barcelona, 1979, 105 págs.

Esta colección epistolar se une a otras ediciones del mismo tipo que en fecha reciente han puesto al lector en castellano en contacto con buena parte de la correspondencia freudiana (Karl Abraham y Karl Gustav Jung, por ejemplo). El corresponsal de Freud es, en este caso, Edoardo Weiss, introductor del psicoanálisis en Italia.

Weiss, médico judío triestino, y por ambas circunstancias muy ligado a la cultura germánica de la *Mitteleuropa*, conoció a Freud en 1908 y mantuvo con él una relación personal y epistolar que se prolongó hasta que ambos científicos debieron exiliarse; Freud de Viena por Hitler y Weiss de Roma por Mussolini, ya entonces lanzado a una política solidaria con el antisemitismo hitleriano y la lucha cultural contra el «judaico» psicoanálisis.

Weiss emigró a Estados Unidos, donde siguió su carrera, para morir en 1970, a los ochenta y un años de edad. Desarrolló algunas matizaciones personales sobre temas del psicoanálisis, en especial en el campo de las paranoias, la agorafobia, la psicosis del asma bronquial y temas de identificación afectiva.

Las cartas aquí reunidas van precedidas de una breve introducción de Grotjahn sobre Weiss, y de éste sobre sus recuerdos de Freud. El texto epistolar va continuamente comentado por el corresponsal, quien agrega información y conclusiones sobre el contenido de cada carta.

La posición de Weiss acerca del maestro es objetiva, aunque en ningún momento reniega de su ascendiente intelectual. Hace hincapié, sobre todo, en las dificultades de Freud para abrirse paso en las filas médicas, donde se lo empezó considerando como neurólogo, pero despreciando como psicoterapeuta, sin entender que, como lo dice Freud repetidamente en estas cartas, el psicoanálisis era y es más un método de investigación y una hermenéutica del fenómeno humano que un sistema de cura.

Muy aprovechables son las observaciones de Weiss sobre las relaciones del maestro y sus discípulos «heréticos» (Jung, Adler, Tausk,

Federn, Otto Rank) y las explicaciones acerca de la necesidad de mantener cohesionado el núcleo original, aunque fuera de manera autoritaria, para defenderlo de la hostilidad circundante.

Lealtades y traiciones, éxitos y persecuciones, dudas y una apertura auténticamente científica en el fondo son las notas de la biografía del psicoanálisis que estas cartas permiten subrayar, con materiales de primera mano, como lo son los testimonios de estos iniciadores.—B. M.

MARIA MERCEDES CARRANZA: «Poemas». *Revista de Poesía Golpe de Dados*, núm. XL, vol. VII, Bogotá, julio-agosto 1979.

Decididamente, la joven poesía, tras haber esquivado la tentación culterana, ha vuelto al biografismo. En el caso de María Mercedes Carranza (Bogotá, 1945), la autora de *Vainas y otros poemas* (1972), ello es evidente. La poetisa hace girar este breve poemario en torno a una fragmentaria confesión que define como la del siglo. Esta doble apelación a lo confesional y al «siglo» evoca al romanticismo. También la frescura de un lenguaje directo—todo lo directo que puede ser el lenguaje poético—y el recurso a una convención del sentimiento cuando se juzga necesario.

Un tema que vuelve en estos versos es el cuestionamiento irónico de las convenciones comunicativas: las grandes ideas, las grandes palabras, las grandes instituciones sociales, etc. No escapa al juego la misma poesía. Valga un ejemplo: «Sirvo para oficios desuetos: /Espíritu Santo, dama de compañía, Estatua/de la Libertad, Arcipreste de Hita./No sirvo para nada».

El amor, las alternancias sexuales de voluptuosidad y mera complacencia, las costumbres domésticas cotidianas («Y cuando el miedo llega/me voy a ver televisión/para dialogar con mis mentiras»), la inesperada vida que rompe todas las prevenciones de la memoria y la palabra («No sé si se trata de un tema/de escritores de oficio/o nada más que de la vida/que, otra vez, puede sorprendernos»), completan la ceñida temática de estos versos, servidos con un desenfado formal acorde con sus tópicos, de los que no están ausentes las duras ironías sobre la vejez prematura y la muerte aparente del propio poeta.—B. M.

LESZEK KOLAKOVSKI: *La filosofía positivista. Ciencia y filosofía.*
Traducción de Genoveva Ruiz Ramón, Cátedra, Madrid, 1979, 262
páginas.

Marxista de cuño hegeliano y considerador del marxismo como una propuesta abierta de lectura sobre el mundo actual, Kolakovski ha dado a esta línea de pensamiento algunos de sus textos más importantes: *El hombre sin alternativas*, *Ética sin código*, *La mortalidad de la razón*, etc. Por una de las paradojas de aquel mismo mundo, debe enseñar su disciplina en los Estados Unidos.

En este libro, Kolakovski aborda la filosofía positivista como un estilo intelectual o actitud filosófica que trasciende los positivismos históricos del siglo XIX y se constituye en una opción constante del pensamiento. De este modo, rastrea las raíces de dicha opción en cierta problemática platónica (la relación entre el nombre y la realidad del objeto nombrado), y más concretamente, en algunas expresiones del pensamiento bajomedieval, como Guillermo de Ockam.

Desde luego, el grueso del texto está consagrado a la formación y desarrollo del positivismo europeo en sus diversas ramas, desde el empirismo de David Hume hasta el neopositivismo sociológico de Karl Popper y el empirismo lógico de Ludwig Wittgenstein y epígonos, pasando por la trilogía decimonónica: Comte, Spencer, Claude Bernard.

Kolakovski sistematiza el examen valiéndose de algunas constantes e invariantes del pensamiento positivista, a saber: desdeñar los problemas relativos al modo de adquisición del saber en favor de reglas y criterios de juicios sobre el conocimiento; no establecer diferencias reales entre fenómeno y esencia; mantener una estricta relación entre saber y nombre, por un lado, y objetos singulares reales por otro; negar valor de conocimiento a los juicios de valor y a los enunciados normativos; reducir todo el saber a una ciencia de modelo empírico-natural; negar toda realidad y, por lo mismo, todo posible conocimiento relativo a las generalidades.

Por todo ello, el positivismo cobra la importancia de una voz permanente y diacrónica en la historia de la filosofía e impregna, sobre todo a partir de la segunda mitad del ochocientos, todo el saber occidental, que se da evolucionando dentro de sus coordenadas o criticando sus conclusiones típicas.

El balance de Kolakovski, sin negar los aportes del positivismo en el campo de la metodología de las ciencias y la lógica formal, tiende a apuntar las deficiencias y las implicancias represivas del positivismo en el campo filosófico.

Al rechazar toda concepción totalizadora del mundo por metafísica, el positivismo anula la posibilidad de encarar su modificación. Al desdeñar todo «deber ser» por impertinente al pensamiento que responde a las coordenadas de la realidad, también esteriliza la visión crítica de dicha realidad. Por fin, si el pensar debe ser mero reflejo biológico de las leyes de lo real, entonces la razón es un elemento antifísico, desequilibrante y, por fin, enfermizo de la realidad, lo cual no explica su presencia constante en la misma realidad, o explica que la realidad no es un orden, como quiere el positivismo, sino una propuesta abierta en la que el hombre puede intervenir para trascender lo dado.

La exposición de estos puntos está dada con austeridad y seguridad del mejor nivel por Kolakovski, quien se muestra, ante todo, como un eficacísimo expositor de la filosofía histórica. La ausencia de citas literales, fuentes y notas al pie agiliza la lectura y la hace útil, tanto para el consultor de manuales como para el enterado que busca una versión crítica del tema.—B. M.

GABRIEL UREÑA: *Arquitectura y urbanística civil y militar en el período de la autarquía (1936-1945)*. Istmo, Madrid, 1979, 352 págs.

El análisis ideológico del discurso arquitectónico suele tropezar con un inconveniente que podría denominarse ilusión óptica. La arquitectura es un doble discurso: el de los textos que explican la obra y la obra constructiva en sí misma. Entre ellos puede haber coincidencias y disidencias. Si el analista, como ocurre a menudo, se detiene en la literatura arquitectónica sin estudiar, correlativamente, el hecho arquitectónico coetáneo, puede equivocarse por una errada selección del objeto a encarar.

Consciente de este peligro, Ureña hace un estudio perfectamente correlativo entre discurso y construcción durante el primer período del franquismo. Sus conclusiones exceden por ello el esquema corriente, que ve en la postguerra una reacción fascistizante frente a los intentos racionalistas de la Segunda República. Si ello es así a nivel de discurso doctrinario, no lo es siempre en el hecho constructivo. Buenas pruebas son dos monumentos de preguerra (la Ciudad Universitaria y los Nuevos Ministerios) que se suelen tomar como paradigmas del fascismo arquitectónico local. También es de tener en cuenta que el arquitecto por antonomasia del escorialismo autárquico, Luis Gutiérrez Soto, fue uno de los campeones del racionalismo.

En cuanto al sustrato social que soporta estas contradicciones, Ureña

da una clave muy aguda: «El drama urbanístico de los falangistas radicó en que creyeron, más o menos ingenuamente, que eran los nuevos amos y que a ellos, por tanto, correspondía la planificación del paisaje urbano...; no eran los nuevos amos, sino los nuevos siervos de los viejos amos..., y era a éstos a quienes competía, irremediabilmente, la planificación urbana» (pág. 93).

El libro se articula, con gran seguridad metódica, en una introducción donde esquematiza la situación de la arquitectura española en la preguerra, una parte teórica donde se sintetizan los principios teóricos del autarquismo arquitectónico (ruralización de la ciudad para evitar concentraciones obreras, descongestión para anular el chabolismo, urbanismo orgánico y biológico a partir de la Plaza Mayor, estética imperial, vivienda social y construcción de una arquitectura a partir de la vivienda) y luego unos capítulos específicos dedicados a la arquitectura civil, militar y religiosa de la época. El panorama se completa con una minuciosa cronología de obras y una vivaz antología de textos contemporáneos, algunos ilustrativos por su contenido y otros sintomáticos (y aun divertidos) por el estilo.

Tiene especial interés la observación de Ureña sobre las construcciones militares del autarquismo, en las cuales, curiosamente, se detectan los escasos rasgos de racionalismo y actualización arquitectónica del período. El autor revela una buena lección de la crítica de arquitectura italiana: buena por lo asumida y no por la mera y pedante repetición de *slogans*.—B. M.

BERNARDO KORDON: *Manía ambulatoria*, con prólogo de Ulises Petit de Murat. El Ateneo, Buenos Aires, 1978, 136 págs.

De la promoción de Kordon se conocen bien en España algunos nombres: Cortázar, Sabato, Bioy Casares. Kordon milita en la primera línea de la narrativa argentina contemporánea, sin apelar a la pirotecnia técnica del primero, a la gesticulación metafísica del segundo ni a la comfortable cercanía borgiana del tercero. Tiene dos virtudes escasas en una obra dilatada por cuarenta años: coherencia temática y nivel sostenido de calidad.

El lector español se hará cargo seguramente de esta producción, sin la cual es imposible entender lo que ha ocurrido en la narrativa argentina posterior, y recuperará a un escritor que, como Felisberto Hernández,